

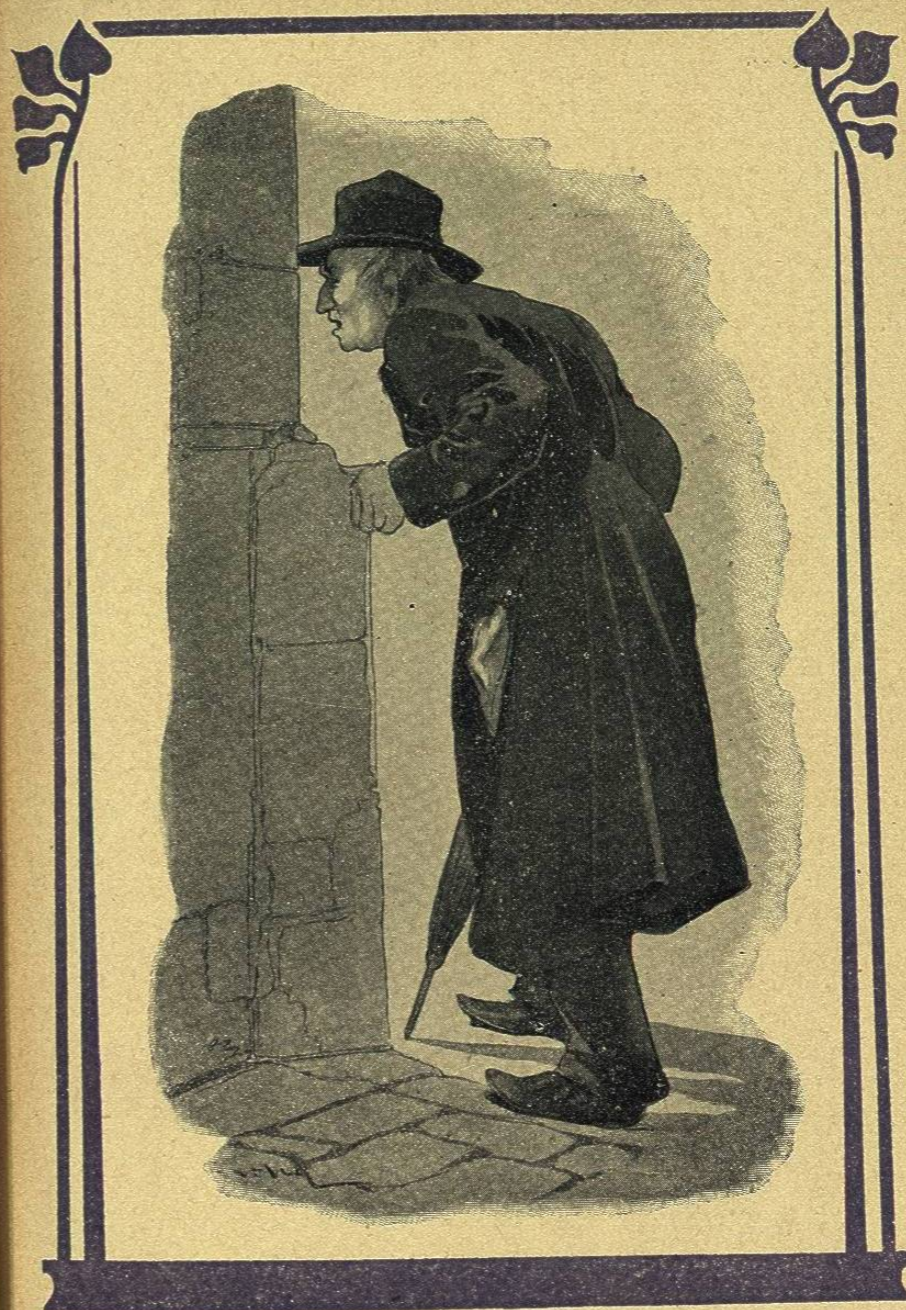
IV

LA ATRACCIÓN Y LA EXTINCIÓN

En los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, los pocos transeuntes del Marais, los tenderos y los ociosos que se paran en las puertas, observaban á un anciano aseadamente vestido de negro que, todos los días, á la misma hora, antes de obscurecer, salía de la calle del Hombre-Armado, por el lado de la calle de Santa Cruz de la Bretonnerie, pasaba por delante de la de los Mantos Blancos, llegaba á la de Santa Catalina, y una vez en la de Echarpe, torcía á la izquierda y entraba en la de San Luis.

Allí caminaba á paso lento, con el cuello estirado, sin ver ni oír nada, fija siempre la vista en un punto invariable, que parecía para él estrellado, y que no era otro que el ángulo de la calle de las Monjas del Calvario. Cuando más se acercaba á aquella esquina, más brillo había en sus ojos, y una especie de alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior; tenía cierto aire de fascinación y de ternura; sus labios se movían, como si hablasen á una persona sin verla; se sonreía vagamente, y andaba muy despacio. Hubiérase dicho que, aunque deseaba llegar, lo temía al mismo tiempo.

Cuando no había sino unas cuantas casas entre él



Permanecía de aquel modo unos minutos, cual si fuera de piedra.

y la calle que así parecía atraerle, aflojaba el paso hasta el punto de creérsele inmóvil. La vacilación de la cabeza y la dirección fija de la pupila recordaban la aguja que busca el polo.

Pero por más empeño que pusiese en retardar la llegada, ésta tenía que verificarse. En tocando la calle de las Monjas del Calvario se detenía, temblaba, pasaba la cabeza con una especie de timidez sombría más allá de la esquina, y miraba con ansiedad trágica alguna cosa semejante al descubrimiento de lo imposible y á la reverberación de un paraíso cerrado. Luego una lágrima que poco á poco se había condensado en el ángulo de los párpados, bastante pesada ya para caer, resbalaba por su mejilla, yendo á parar alguna vez á la boca, donde el anciano sentía su sabor amargo.

Permanecía de aquel modo unos pocos minutos, cual si fuera de piedra, y después se volvía por el propio camino y con igual lentitud, apagándose su mirada á medida que se alejaba.

Gradualmente el anciano cesó de ir hasta la esquina de las Monjas del Calvario.

Deteníase á la mitad del camino en la calle de San Luis, ora más lejos, ora más cerca.

Un día se quedó en la esquina de la calle de Santa Catalina, y miró desde allí la de las Monjas del Calvario. Luego movió silenciosamente la cabeza de derecha á izquierda, para indicar que no debía hacer alguna cosa, y retrocedió.

A poco no pudo llegar siquiera hasta la calle de San Luis. En la calle Pavée sacudía la cabeza y se volvía.

Pronto no le fué posible pasar de la de los Tres Pabellones.

En seguida tuvo que contentarse con llegar á la de los Mantos Blancos.

Parecía un péndulo cuyas oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se para.

Todos los días salía de su casa á la misma hora, emprendía el mismo trayecto, pero no lo acababa ya; y tal vez, sin conciencia de ello, lo iba abreviando incesantemente. Su semblante expresaba esta idea irónica: ¿Para qué? La pupila se había apagado, y también la lágrima estaba agotada. Ya no se condensaba en el ángulo de los párpados; aquellos ojos medibundados permanecían secos.

El anciano estiraba siempre la cabeza; la barba solía moverse, y daba pena ver las arrugas de su descarnado pescuezo. Cuando el tiempo estaba malo, llevaba bajo el brazo un paraguas que no abría. Las buenas mujeres del barrio decían:—Es un inocente. Los chicos le seguían, riéndose.

## LIBRO NOVENO

SUPREMA SOMBRA, SUPREMA AURORA